dos, el papel triste, ajado, descolorido, la alfombrilla ligera sobre los ladrillos fríos, y una maleta destrozada en un rincón, revelaban una de esas existencias de trabajo, errantes, ambulantes, ajetreadas, golpeadas y machacadas por los embargos y las mudanzas. Las luchas, las angustias, el esfuerzo terrible y diario de la pluma palpitante contra el bienestar de que se carece, todas las venganzas de la vida se revelaban en las paredes desnudas de aquel hogar de azares.

En el barrio Saint-Marcel, en las guardillas, durante el invierno, las niñas trabajan medio desnudas, junto á la estufa apagada, encogidas y tiritando. Sus manos encarnadas por los sabañones giran y giran. Hacen ramilletes de violetas... Carlos pensaba al bajar la escalera de la casa de Boisroger que los poetas se parecen á esas niñas y que las ideas son sus ramos de violetas.

XXVШ

Pasados algunos días, Carlos vió entrar en su casa á Boisroger.

- ¿No tiene usted nada que hacer esta noche, verdad? Le llevo á usted. Hemos preparado una comida semanal. Estamos en familia y no se muerde uno la lengua en el postre. Empiezo mañana

el tratamiento y la de hoy será la última francachela. ¿Viene usted, no es eso?

-Con mucho gusto.

Moulin Rouge estaba muy animado. Los jóvenes que volvían de una carrera llenos de polvo sacudían con sus pañuelos los sombreros. Las mujeres barrían los senderos del jardín con las colas de sus vestidos. En el mantel de dos ó tres mesas, todavía desocupadas, un pedazo de papel cuadrado tenía escrito la palabra: Reservado. En el fondo, la casa iluminada con el reflejo rojizo de la puesta del sol, luciendo en todas las ventanas rostros de mujeres, como retratos en un marco, mordiendo un palillo de dientes y saludando hacia abajo, á derecha y á izquierda, algunos recuerdos del pasado, ó de ayer.

Los amigos de Boisroger, Lamperiere, de Remonville, Laligant, Grancey, Bressoré, Franchemont, estaban instalados en una sala del restaurant algo oculta y en la cual se encontraban como en su casa.

—Caballeros—dijo Boisroger—les presento á ustedes á Carlos Demailly, el autor de *La Burguesía*.

-Es usted de los nuestros. Sea usted bienvenido.

-- Vamos---dijo de Remonville---apretaos un poco por allá. Ahí tiene usted un sitio, caballero,

Mucho gusto en conocerle. Precisamente estaba pensando en escribir algo acerca de su libro.

—Un instante—dijo Franchemont—dispongamos la comida y se hablará después.—Y dirigiéndose á un hombre moreno y grueso, vestido de frac y con una servilleta bajo el brazo:—¿Dice usted... pollo en fricandó? Usted mismo haga el menú; mire usted: pescado, dos platos de carne, una legumbre, un postre y Burdeos. ¿Qué le parece esto al señor Demailly? ¿Y á los demás?

—¿Qué tal, Boisroger, como vamos?—preguntó Lamperiere.

Boisroger no contestó más que moviendo la cabeza y echando una bocanada de humo.

—Deje usted ese cigarro, amigo; se va usted á matar fumando...; con la opresión que tiene usted es un disparate fumar.

—Ya lo sé, Lamperiere, ya lo sé. ¿Pero qué quiere usted que haga? En cada siglo suele haber un literato razonable que coloca su salud en la caja de ahorros, modera sus pasiones, pone orden en su vida, reniega de sus costumbres y renuncia de pronto á sus gustos como á una opinión vencida. Es cosa triste que yo no sea ese. Bastaría una palabra de mi médico para que yo no fumara; daría todos los días, sin faltar uno solo, una vuelta á pie alrededor del lago del bosque de Boulogne, comería todos los días sopa de caldo,

filete sangrando y queso. Pero vale más que no sea tan ordenaado y dócil, porque me moriría más pronto de fastidio.

—Tiene usted razón—dijo Franchemont.—La salud es tan sólo una confianza; consiste sencillamente en creer que no se está enfermo y en vivir como si se estuviera sano. Es el crédito de la vida. Se hacen economías de salud ¿y qué sucede? La bancarrota del principio vital, en virtud de este gran hecho que es una gran ley «el que reduce los gastos, reduce el crédito». Ahí tenéis la administración de Necker antes de la revolución; ahorrando, alarmó á todo el mundo. Un hombre que se arruína es el único que encuentra quien le fíe.

—Sí—dijo muy serio Bressoré, concluyendo la historia que contaba á Carlos, sin escuchar á Franchemont—sí; jugaban al ecarté, con los pies metidos en un barreño de agua, tantas pulgas había en la casa...

—¡Este imbécil de Bressoré!—dijo de Remonville riéndose estrepitosamente.

—¡Cállate ya, Bressoré!... ¿Es que tomas á este señor por un tonto?—dijo Lamperiere refiriéndose á Carlos.

—Este caballero no iba tan lejos—replicó Carlos;—me tomaba únicamente por un público.

Esta broma de Bressoré fué la única novatada que dieron al recién llegado por su bienvenida. Carlos se encontró muy bien entre aquella gente; cada uno se mostraba tal como era, pensando en alta voz.

Se asombró al ver una reunión de literatos, en la cual el tono familiar de una libertad franca y abierta reemplazaba toda clase de afectación. Hasta entonces no había podido hacer la observación curiosa de que la sencillez y la naturalidad se encuentran á medida que se sube á las capas superiores del mundo literario. Parece, en efecto, que por debajo del mundo de las letras en donde el hombre está considerado por su obra y por su nombre, debajo de la sociedad de los literatos oficiales y conocidos: la posición falsa que precede á la notoriedad, la preocupación de formar parte del grupo tras del cual se camina, impulsan á las personas á darse importancia y á representar una comedia en la actitud, en la palabra y en el pensamiento. Cuanta menos posición tiene un literato, más ruído hace; cuanto menos se habla de su persona, más habla él, más el yo entra en su conversación; un yo que trata de imponer al que oye los merecimientos del literato que habla. El espíritu pedante, profesional y doctrinario, las teorías, las fórmulas, reinan más tiránicamente en ellos. Cada cual se dedica á poner en evidencia su personalidad, á caracterizarse, como dicen los cómicos, para llamar la atención; unos usan astucias

de salvaje, otros audacias, inconveniencias, faltas de gusto y brutalidades. En esferas superiores, la consagración del hombre por el público, le salva de ese apetito brutal de la baja vanidad, de esas inquietudes de feria, de esa fiebre de espectáculo. Luego la comunicación de su pensamiento con el de los grandes genios, le hace modesto, elevándolo y disciplinándolo á la vez. Su personalidad se hace humilde en la frecuentación de la inmortalidad. Su propio talento, á medida que se va madurando, le enseña a desconfiar de sí mismo; no tiene ya la eterna satisfacción de los primeros momentos de la vida literaria, en que nos parece bueno todo lo que brota de nuestra pluma. Hay incertidumbre, desconfianzas. Las admiraciones le elevan apaciguándole, y su conversación adquiere, de sus estudios y de sus experiencias, la tolerancia, la caridad y la impersonalidad de una idea.

—No le reprocho á usted—dijo Franchemont á Carlos, cuando la conversación recayó acerca del libro de Demailly;—no censuro sus neologismos de palabra y de giros. No quiere decir esto que á mí me agraden; sé también como usted que hay cuatro ó cinco libros del siglo pasado, en los que aparecen neologismos que crispaban los nervios á los clásicos de la época; y ahora, sirviéndose de aquellos neologismos, los clásicos modernos nos

atacan, y es de esperar que con estos neologismos que usted usa, los clásicos futuros ataquen los neologismos del porvenir. Un idioma evoluciona y se desarrolla: es una confluencia de palabras. Y si es cierto que los idiomas tienen una época de decadencia, más vale ser Lucano que el último imitador de Virgilio... Necesario es ser justos y no extrañarse de las pasiones naturales ni ante la mala fe inconsciente é involuntaria. Este horror á la innovación literaria, este prejucio contra los hombres que no escriben como todo el mundo y que tienen un lenguaje propio para no hablar más que de la forma y de la exterioridad de un pensamiento, este horror es perfectamente humano. Forma parte de las creencias adquiridas por la educación; es una consecuencia, una reliquia, si usted quiere, de las admiraciones en las que se nos educa desde la infancia. Nos dedican á los clásicos desde los diez á los diez y ocho años... Toda consagración deja huella en el hombre, sobre todo las que se le inculcan de niño, y quizás de ahí provenga esa intolerancia literaria, esa fe del gusto arraigado, profundo y fanático, que puede, según los temperamentos, acallar las demás convicciones y sobreponerse á ellas... Talleyrand sólo fué constante con Racine; yo conozco á personas muy campechanas y que, sin embargo, preferirían la guerra civil á ver entrar en la Academia al autor de Made-

moiselle de Maupin. ¿Qué razón hay para esto? Antes decía que la educación... me engañaba..., no lo sé. Haga usted un libro que acaricie todas las ideas de un partido, pero no lo escriba en el estilo de este partido... y será usted un hereje. ¿Por qué? no lo sé... ¿Por qué todos los grandes predicadores modernos son románticos? Esto me recuerda Bossuet y usted. Él dijo del genio del idioma latino: «Es el mismo genio de la lengua france sa»... Ahí tiene usted justificadas sus inversiones. Usted cincela la frase allá donde yo quisiera una frase recta, amplia, escultural, rica, si le parece, pero no recargada. La frase suya no es ni rápida ni brusca, no tiene esas caídas, esos golpes que se hunden como una cuña en una idea... Nuestro idioma es blando, mucha carne y poco hueso, no tiene líneas, es suave, como diría nuestro pintor Grancey. Pero enciérrele usted en la matriz de las lenguas muertas; apriétele usted con un tornillo de presión y saldrá limpio como una medalla sin rebordes, claro, como la prosa diamantina de la Bruyere... Yo no le quiero decir á usted con esto que se entregue á estudiar y traducir las obras latinas; casi todos los amantes de la bella latinidad tienen el estilo contrario al estilo familiar con el cual hablan. Dejemos el estilo, es sólo la herramienta. Desprecie usted las opiniones de los contemporáneos que están en lo alto,

escandalíceles usted, importa poco, el exito, un éxito grande le absolverá ante los ojos de la mayoría... Por encima del estilo está la elección de las expresiones y del carácter de su pensamiento, para el cual está usted obligado á consultar el temperamento de la nación á la cual se va usted á dirigir. A nosotros nos gusta lo sencillo, lo claro, el ingenio rápido y vivo, un rayo de luz, una palabra que nos salga al encuentro y nos asombre, la fórmula de Chamfort y Rivarol, fórmula francesa por excelencia. Seguramente no creo que me contradiga, ha habido un hombre de tanto ingenio como Chamfort y Rivarol y tan franceses como ellos; era...

-: Enrique Heine?-dijo Carlos.

Lo ha adivinado usted. Pues bien; Enrique Heine no será nunca popular en Francia ¿Quién le lee? Los que le admiran, nadie más. Y esto consiste en que Heine es un artista al mismo tiempo que hombre de ingenio, es exquisito, velado. Exige al pensamiento el ir á encontrarle donde está, en la penumbra, donde oculta la máscara de Luciano tras de la canción de Ofelia... Y además otra cosa que le falta á su obra de usted ¡pardiez! no es á la de usted solo, le pasa lo mismo á todas las modernas: es la alegría, la risa franca, fuerte, sonora, abierta de Moliere ó de Teniers, esa frase libre, abundante y que, como ha dicho no sé quién,

con mucha verdad, corre como una ola de vino generoso. En una obra es mucho el elemento cómico, es una fuerza, pero una gran fuerza, el buen humor. Animaba las obras aun las menos importantes de otros siglos. ¿Dónde ha ido á parar? Nuestra risa á fuerza de preocupsrse en no ser grosera y de querer ser fina, se ha convertido en una mueca. ¿Qué se ha hecho de nuestra alegría con tanto refinarla y pulirla? Un capricho de locura ó una ironía malsana. Lo cómico nuestro no es ya sano... ¿Seremos una raza melancólica? ¿Dominará el temperamento venoso en el hombre moderno? ¿El mal procede de nosotros mismos ó de los modificadores de nuestra vida?

—Procede...—dijo Grancey, é interrumpiéndose:—Hoy he entrado en los *Commissaires priseurs*.

Había expuesta una colección de trajes del siglo XVIII, trajes flor de azufre, garganta de pichón, lluvia de rosas, flor de albérchigo, todos llenos de reflejos agradables, deslumbradores, vivos, alegres, trajes que recorrían subiendo toda la escala de los colores, en lugar de descenderla, trajes de primavera, trajes de flor... ¿Y cómo diablo quieres tú, Franchemont, que el hombre sea alegre con un traje negro? Antes el vestido reía con el hombre; hoy llora de antemano... ¡Vaya una idea graciosa la de haber puesto la vida de luto!

-¡Si no fuera más que eso!... Pero, no. Hay en-

fermedades de la Humanidad como hay enfermedades de la tierra, oidium moral... Una palabra, Sr. Demailly. No habrá usted ido demasiado lejos en el análisis científico? Tenemos la última palabra en Poe. Y bueno. Qué hay en el fondo de Poe? Lo milagroso científico, la fábula por A más B, una literatura enfermiza y lúcida de la imaginación, de análisis; Zadig, juez de instrucción; Cyrano de Bergerac, discípulo de Arago, algo de monomanía, las cosas teniendo más valor que el hombre, el amor cediendo su lugar á las deducciones y á otros manantiales de ideas, frases, narraciones, interés, la base de la novela modificada y transportada del corazón á la cabeza, de la pasión al problema, del drama á la solución del problema... Quizás sea esa la novela del siglo XX. ¡Pero continuará siendo literatura? No lo sé. Ahí tiene usted, yo creo que no se debería hacer una novela de costumbres, lo que equivalé á memorias impersonales, ó la historia contemporánea vivida hasta los cuarenta años. Las novelas de los veinte, aun las de los treinta años, son hojeadas más ó menos justas, nada más. Es necesario que el hombre tenga todas las resultantes de la vida, la edad del completo desarrollo de su instinto de asimilación, las facultades elevadas de observación, la edad de la invención dentro de lo verdadero y de la idea madura. A mi modo de ver

es la edad en la cual el cerebro está completo, en la edad del apogeo del productor; las obras más enérgicas de un hombre conservan algo de su vida. Para lo que se ha convenido en llamar imaginación, el cántico del cerebro, las sinfonías basadas en el aire, se puede ser joven, muy joven. Pero no hablo de esto. Ahora en su libro de usted le ha faltado una cosa, un aspecto importante de su novela, usted lo indica, pero nada más que de pasada: el reclutamiento habitual, diario de la alta burguesía en el comercio en pequeño, no en el negocio inglés, ni en esas combinaciones y juegos de alzas y bajas que pueden obligar á un hombre de treinta años á dedicarse á la banca sin despojarle de su franqueza, de su conciencia, ni de sus cualidades espontáneas é innatas; no se trata de eso, no son los negocios, es el comercio, el lucro con todos sus detalles, con mil medios que no son de la venta leal. Y he aquí lo que usted no ha dicho, porque es evidente: los hijos, la generación educada en la tienda, acostumbrada á esas fullerías, á esas falsedades, al precio fijo falso, al tinte bueno falso, todos esos enredos que caracterizan el comercio en pequeño de París, el sobreprecio de un artículo, la pieza de paño quemada, para cuya salida se da una prima al comisionista, los ojos de la señorita del mostrador sirviendo de reclamo; todo esto forma una atmósfera mala, hace

mala sangre, porque todo se transmite: el pecado original es un hecho físico. La fisiología no ha profundizado bastante el problema de la transmisión de la raza, esa continuidad por vía de sucesión, no solamente de una enfermedad, sino de una costumbre y de un carácter. Un hijo tiene el gesto de su padre; los historiadores nos hablan del pie de una familia, del ingenio de otra...

—Vamos, se ha disparado—dijo Lamperiere;—
las clases medias no tienen á donde agarrarse...
Amigo, no se ha detenido el sol más que una vez
y aun Josué no le hizo retroceder... ¡Sabes lo que
me recuerdas en este momento? Una cosa muy graciosa. Un día que iba á la Biblioteca, pasaba por
la calle de Richelieu, cuando ví un hermoso perro de Terranova que se abalanzaba contra una
fuente. Estaba furioso y ladraba con rabia. No hacía más que retroceder y echarse sobre la fuente
que corría. Daba bocados al agua y el agua corría
siempre... Esto le ponía fuera de sí y continuaba
mordiendo más furioso, más exasperado: no sé si
me oiría reir...

—Está muy bien—dijo Franchemont—pero tú no respondes.

Lamperiere sonrió alzando los hombros.

—Ya sabes, Franchemont, que no me convertirás. Estamos los dos en los extremos del mundo y estoy tan lejos de tu partido que...

—¿Mi partido?—interrumpió vivamente Franchemont.—¡No pertenezco á ninguno! Mi partido soy yo y nadie más. Yo no puedo afiliarme á un partido que no comprendió jamás el valor del papel escrito y de los que lo escriben, de un partido que tuvo el honor y la fortuna de tener un pensador, un filósofo, un hombre de estado de la fuerza de Balzac y que apenas comprendió que hombre de genio no daña nunca una causa, un partido que desde hace cincuenta años ha dejado escribirlo todo, hasta su historia, á sus enemigos, todo, biografías, enciclopedias, diccionarios de hombres y diccionarios de cosas. Gentes que no tienen idea de que el talento sea un arma... Te lo digo otra vez, Lamperiere, mi partido soy yo, nadie más.

Iba volviéndose y agitándose alrededor de la mesa; Franchemont era el resto de un hombre guapo. Le quedaban bellos rasgos, dientes hermosos y ojos brillantes que se exaltaban cuando hablaba, pero la vida y las fatigas del pensamiento habían hundido y obscurecido sus órbitas con un tinte azulado. Batallador, tallado para la guerra del libelo político y filosófico, Franchemont era un audaz agitador de pensamientos y de paradojas, un atleta de la polémica, no estimando la literatura más que como un formulario de ideas sociales, despreciando la poesía, insensible á la música de las frases; un hombre partidario, más de la

doctrina de la fuerza que de su partido, y cuyas rebeliones é indisciplinas de carácter agitaban sus convicciones; ingobernable aún en su misma fe, de buena fe aun en la inconsecuencia; teórico práctico á quien Dios no bastaba, y que quería hacer de El, como Carnot, un gendarme; hostil al sentimentalismo de las utopias, no retrocediendo más que el abate Galiani ante las brutalidades de opinión y las palabras que asustan; se entregaba con cariño á las reconstrucciones del pasado, olvidándose, sabiendo que no eran más serios que las restituciones de sarcófagos antiguos hechas por los escolares de Roma; dejando escapar á veces su pena de no haber tenido energía contra sí mismo, de no haber recibido las órdenes, de haber desfallecido ante la existencia grande de un visionario apasionado y militante. Una elocuencia abundante, desbordadora, brotaba de sus labios. Su palabra era de fuego, era uno de esos lenguajes de mando, áspera, fuerte, vibrante, decisiva, que cortan las palabras y lanzan las ideas revueltas como una carga de metralla, interrumpida por relámpagos, con momentos de silencio y monólogos, á veces sonando á bronce, como esa voz de Napoleón, de la cual el Memorial de Santa Elena nos ha guardado el gran murmullo.

Una idea detuvo de repente á Franchemont ante Lamperiere.

-Bueno; y tu partido ¿qué?-dijo bruscamente.

-¿Cómo mi partido?

-Sí, tu siglo XIX, si te parece mejor.

—¿No puedes tomar café tranquilamente como todo el mundo? Pero, en fin, si eso es necesario á tu digestión...

—¿Qué es lo que habéis encontrado vosotros? En el orden económico la economía política...; ¿y qué más? En el orden moral ¿qué? ¿las costumbres? La cortesana reina y domina. Su mundo es algo como una opinión pública, para ella se hacen periódicos, modas y se dan espectáculos, se habla de sus caprichos en la buena sociedad. Preguntad á una mujer honrada por una de esas, y ¡hasta os dirá los nombres de sus amantes!

Formalmente, Lamperiere, busco... ¿perfección moral de la especie humana? ¿La historia es más hermosa? ¿Han aumentado las verdades en el mundo? La mentira está en todo, en todo. Ha sido necesario inventar un nombre pulido, la guasa, un eufemismo en todo, en la estadística, en la ciencia... La única comedia de nuestros días se llama los ¡Saltimbanquis! Palabras en los anuncios de las calles, palabras en los libros y siempre palabras y nada más que palabras... Tomaría, por ejemplo, cualquier cosa, la igualdad, la abolición de los privilegios de la herencia. Pues bien; sin salir de entre nosotros, sí; en pleno dominio de la

inteligencia, en una república donde el privilegio es una cosa contra la naturaleza; ;encuentras tú que los privilegios de la herencia no florecen bastante? Se sucedía antes cerca del rey, se sucede ahora cerca del público y hay progreso! Quita dos ó tres hombres más hijos de sus obras, que de sus padres y el resto... ¡La herencia en el talento es más fuerte que todo! Y, en fin, si no tuviéramos en las letras más que la herencia del literato; pero tenemos la herencia, los privilegios del nombre político, administrativo, gubernamental... ¡La herencia! está hasta en el equilibrio. Haced leyes, haced frases, volved á vestir al hombre, quedarán las costumbres que arrastran todo... Y tu pueblo, pueblo á quien se enseña á leer, tu pueblo á quien se mete ideas en la cabeza jah! yo quisiera saber...

—El nombre del cerdo que ha inventado la trufa —imterrumpió Bressoré pinchando una en su plato.

—¿Sabes tú lo que he visto—continuó Franchemont cambiando de idea—en la última exposición industrial? He visto al pueblo... ¿Sabes tú hacia dónde corría, por qué se apretaba y se aplastaba? Para ver los diamantes de la corona; ¿me oyes? La esencia de los billetes de Banco, la quinina de millones; eso era lo que llenaba los ojos. Diamantes, Lamperiere; nada más que diamantes.

-Tú quizá hubieras querido que mirara cuadros. Yo no. El arte produce en un pueblo lo que en un hombre: un olvido de la patria, un egoísmo, sobre el cual pasan sin que él se ocupe de ellos, los gobiernos, los regimenes, las ideas y los amos. Un pueblo artista es un pueblo que sabe vivir; abdica del sacrificio, de la abnegación y de la muerte. Cree que había un motivo en las sospechas de Platón y en las hostilidades fieras de la Convención en contra del arte. A los ojos de los políticos sensatos, el punto más alto del vigor y de la salud de un pueblo, es la edad bruta é iconoclasta, la edad de la madera, que precede á la edad del mármol.-Y tomando su voz una inflexión más dulce, prosiguió Lamperiere:-Si el artista no tiene fe, ni patria, el arte le basta como patria y como fe; el esfuerzo hacia lo bello es bastante abnegación y bastante martirio; y si desciendes del artista al aficionado, de la producción al amor... ¿Crees que Remonville pueda ser un patriota? No; tiene el corazón en los ojos; su patria son sus cuadros.

—¡Mira, cállate, Lamperiere!—gritó Remonville.— Yo te digo que no hay más que una verdad: el arte. ¿Hablas de la patria? El arte es la inmortalidad de un país... No hay pueblos tan grandes como los pueblos artistas. ¿Crees tú que los patriotas griegos del año 500 antes de Jesu-Cristo,

no valían lo que los patriotas modernos?... ¡Y aun esto, qué significal El arte para mí es lo único absoluto. Todo lo demás, la lógica, las ciencias exactas, las teologías, los manuales de moral, los tratados de lo verdadero y de lo bueno; la filosofía que os dice: «Voy á explicar el fenómeno del pensamiento»; la razón que comenta á la Providencia... Hipótesis, amigo, hipótesis que llevan las personas á la Academia y no arrastran más que á teorías el pensamiento del hombre... El arte... Mira, te suplico, Lamperiere, que no me digas cosas como esas... porque dan rabia... En Roma...

—¡Roma!—dijo Bressoré con un tono cómico. —¿Ha estado usted en Roma?—dijo Remonville dirigiéndose á Demailly.

—Sí—dijo Demailly.— Y he visto una ruina pequeña en una grande... M. Sauzet en el Coliseo.

—¿Quieres que te cuente mi viaje á Roma? preguntó Bressoré.

—Te prohibo hablar de Roma, thas oído?—dijo Remonville con la voz crispada.— Cuando no se sabe latín...

—Pero, querido; Homero no sabía más que yo... y quizás menos.

-Eres un estúpido.

Y Remonville le volvió la espalda.

—En fin—dijo Franchemont, que murmuraba en un rincón, sin escuchar más que sus ideas, —es preciso un gobierno, una dirección cualquiera... ¿Cuál? ¿Un gobierno amigable, gradual, constitucional? Un gobierno... Veamos... ¿cuál es su gobierno, Sr. Demailly?

—Un gobierno de corrupción—dijo Carlos,—
puesto que no hay otra palabra. En distintos términos, el pensamiento de un Richelieu en las formas de un Maurepas, el más fuerte de los gobiernos, porque está basado en el conocimiento
de los hombres, en lugar de estarlo en sistemas...
Los Turgot construirán siempre sobre arena.

—Y tú, Bressoré—preguntó Remonville en tono burlón.—¿En qué edificas tu gobierno?

—Muy sencillamente, sobre dos cosas: una función de fuegos artificiales dada todas las noches al pueblo y un proceso Lafarge dado todas las mafianas á las clases ilustradas.

--Yo-dijo Lamperiere--yo lo edifico sobre las ilusiones.

—Por eso, quizás, amigo, vales tú más que nosotros—dijo Franchemont dándole la mano.

XXIX

«Mi libro se abre camino, amigo Chavannes. El editor no me oculta que está satisfecho. Esto marcha. Se vende y se lee mi obra. Pienso que ahora,